

**EL GIRO DE LA MIRADA.
LA IMAGINACIÓN GEOGRÁFICA EN ANDRÉS BELLO
O DEL ARTE DE VOLVER LOS OJOS
HACIA EL PAISAJE AMERICANO**

Luis Manuel Cuevas Quintero¹⁰
luimanc@yahoo.com

Recibido: 07/07/2016 Revisado: 23/07/2016 Aceptado: 29/07/2016

RESUMEN.

El papel de la imaginación geográfica en la construcción de la idea de territorio y de paisaje permite revisar desde otro ángulo un más acá de las relaciones históricas y geográficas de la mirada que se abre sobre la geografía americana. En tal sentido este trabajo que se inscribe en un proyecto de mayor amplitud que intenta mostrar a través de la revisión de una parte de la geopoética de Andrés Bello, una nueva lectura que se mueve entre los espacios paratácticos y liminares. Muestra el lugar central del llamado de este miembro de las comunidades interpretativas emergentes de la crisis del orden colonial y la emergencia republicana, a volver los ojos sobre una geografía que se volvía a abrir como un espacio del deseo, como un lugar en donde encontrar un nuevo sentido de habitar que envolvía un modo de ser estético y un modo de producir ligados al paisaje natural y agrario.

Palabras claves: Geopoética, Andrés Bello, espacios paratácticos y liminares, geografía americana.

**THE TURN OF THE LOOK.
THE GEOGRAPHICAL IMAGINATION IN ANDRÉS BELLO
OR THE ART OF RETURNING THE EYES
TOWARDS THE AMERICAN LANDSCAPE**

ABSTRACT

The role of the geographical imagination in the construction of the idea of territory and landscape allows us to revise from another angle a closer look at the historical and

¹⁰ Investigador y profesor de la Universidad de los Andes, Candidato a Doctor en geografía por la Universidad Nacional Autónoma de México. Magister Scientiae en Historia por la Universidad Iberoamericana. Desarrolla sus líneas de investigación sobre historia y geografía cultural, historia y geografía política, semiótica cultural y teoría del discurso. Ha publicado sobre diversos temas ligados a las altergeografías, *los jesuitas en el Orinoco y el Amazonas, y la modernidad múltiple*.

geographical relations of the gaze that opens on American geography. In this sense, this paper is part of a larger project that tries to show through a review of a part of Andrés Bello's geopoetics, a new reading that moves between the paratactical and liminal spaces. It shows the central place of the call of this member of the emerging interpretative communities of the crisis of colonial order and the republican emergency, to turn their eyes on a geography that was reopened as a space of desire, as a place to find a New sense of habit that involved an aesthetic way of being and a way of producing linked to the natural and agricultural landscape.

Key words: Geopoétics, Andrés Bello, paratactic and liminal spaces, American geography.

1.- Introducción. Literatura, imaginación geográfica y paisaje paratáctico y liminar:

Los textos literarios constituyen parte del discurso ideológico de la nación.¹¹ Sus imágenes no se limitan a la mera dimensión estética. Tampoco pretenden ofrecer un cuadro exacto de lo visto o de lo pueden reducirse a ocultamiento o mera ilusión sin referentes materiales, sociales y culturales. Sin embargo, codifican un modo específico de conocer y expresar el espacio geográfico, articulan el mundo con representaciones en función de la *geograficidad* e historicidad que envuelve la producción de imágenes y su circulación al interior de las sociedades. Esto es importante a la hora de vincular las categorías de imaginación geográfica y paisaje. La *geograficidad* —categoría de Eric Dardel—, relaciona la geografía con un “modo de su existencia”, con una serie de acciones transidas por una inquietud referida al paisaje, al espacio (2013 [1952]).

En tal sentido, ese existir espacial lo median afectos, percepciones y valores, que traducen y producen un paisaje. A ese nivel, la imaginación organiza las prácticas sociales, insertándolas en el espacio y generando modos de actuar. Así, la vivencia de los sujetos se verifica en un espacio físico a organizarse por los sentidos, los conceptos y la técnica. A esa tríada, se agrega la imaginación geográfica, cuyas modelaciones de carácter simbólico y de anticipación de un diseño para actuar en el espacio llevan a transformaciones materiales de la naturaleza (D. Cosgrove, 1984: 388). Se produce entonces un paisaje humano; resultante de transacciones entre materia, imaginación y acción humana mediante el trabajo.

La imaginación geográfica opera en términos de un diseño que enuncia y a la vez proyecta un modo de valorar y un sentido del espacio. De allí que los procesos de formación territorial o la idea de mundo, o los discursos de ocupación y legitimación, o en la escala más íntima, de los afectos que se plasman con el paisaje, y de lo que el entorno signifique; los medie la imaginación geográfica y los imaginarios que son conceptos correlativos a la conformación de las imágenes geográficas (Gregory, 1994; Anderson, 1993, Said, 2008; Lindón y Hiernaux, 2010, Zusman, 2013).

En relación al paisaje y a sus condiciones sensoriales, una serie de operaciones corporales en relación al entorno ocupado o vivido, remiten a un orden de los sentidos cuya jerarquía refiere a la mirada, al sentido de la vista en un primer término; pero

¹¹ Es importante dejar en claro la relación entre literatura e ideología como producto social, para desde allí construir la relación de estas con el espacio concebido este como un campo de poder y con la cultura como tejido de significaciones. En tal sentido, Thompson (1992), señala que la ideología, se manifiesta como un complejo en el cual las ideas circulan en el mundo social en distintos formatos de expresión. Son en consecuencia, parte del lenguaje social que se cruzan con el poder dándole consistencia, representación y duración. La nación en el enfoque que proponemos, es la resultante de este lenguaje que cobra forma sobre un territorio, que imagina su marco, su extensión y construye con él, su sentido de pertenencia anclado en las figuras narrativas del paisaje, filtrado por percepciones geográficas que devienen en imágenes.

también, señala a otras relaciones sensoriales, de la cual derivan otras mediaciones perceptivas. Tenemos pues un paisaje de imágenes visuales, auditivas, gustativas, táctiles u olfativas; que organizan una vivencia del lugar o lugares, como señaló Yi Fu Tuan, esta capacidad de captación perceptiva de los sentidos y sus filtros culturales envuelven una relación especial que permite constituir valores y actitudes ligadas al espacio que se habita (2008 [1977]); (1990 [1974]).

Dentro de un enfoque de geografía e historia cultural, la literatura construye una realidad imaginaria, alimentada por condiciones materiales que organizan la experiencia del individuo y de la sociedad. Al confluir esas dos condiciones, es posible encontrar un espacio: el referido a las interacciones entre materia e imaginación cuya facultad no se detiene en el aspecto psicológico, sino que remite a relaciones complejas de carácter cognitivo en la que se dibuja un horizonte que anticipa a la acción sobre el medio geográfico. A esa experiencia, que se denomina imaginación geográfica, articula materia e imagen como partes de un sentir corporal y estético del mundo y de la razón en tanto que una operación lógica que se construye en el espacio paratáctico, que se juegan entre lo que el paisaje dice —como si el observador se limitase a una mimesis a ser descrita— y lo recibido por el sujeto que contempla un paisaje —el modelado de sentidos por las miradas de un texto, impresas sobre el mundo natural—, cuyo resultado comprende una traducción mediada por la cultura y la acción sobre el medio, es decir, la resolución en términos de preservación o transformación del paisaje de acuerdo a necesidades o a mediaciones de orden territorial y estético de acuerdo a un diseño de la imaginación creadora y la técnica.

Por otro lado, el paisaje se vuelve documento ambivalente, “No existe documento de cultura que no sea a la vez documento de barbarie” (Benjamín, 1999 [1955]: 68). El paisaje construye, muestra, refiere, y es archivo de un lugar. Pero el paisaje descrito también opera seleccionando, ocultando, silenciando u olvidando los procesos de destrucción y de cambio del aspecto de un lugar o de una región.

El paisaje funciona entonces como una representación que se construye sobre la base de una experiencia múltiple del espacio y de sus lugares, de suerte que existen tipologías de paisaje. Aquí en este trabajo que trata de mostrar una lectura de la imaginación geográfica que envuelve el cambio de actitud de una élite criolla ante el espacio que habita, contemplaremos dos tipologías para explicar la relación de la mirada y sus filtros culturales con el paisaje:

- A) Una tipología se enuncia desde la función estética del paisaje dentro de la emergencia de las naciones americanas y la necesidad de darse una imagen del cuerpo de la patria, es decir del territorio que vuelve a imaginarse.
- B) Otra, desde la codificación del espacio sobre el cual se troquela un mensaje destinado a llamar la atención para la edificación de una nación libre, pero en ruinas, aunque con recursos naturales inmensos que se abren como promesa al sistema internacional de intercambios ligados al comercio.

En ese orden de ideas, Angelo Turco (2010) señala que el espacio se transforma en paratáctico y en liminar configurando dos modos de narrar la geografía humana. El espacio paratáctico considera el orden: delimita, cosifica, fija tanto causalidades como continuidades. El espacio liminar, por su parte, remite a formas espaciales, combina lógica y sentimiento, (ibidem: 91-92). Esta forma narrativa va al borde de la vivencia; y, en esa situación particular del sujeto y de su entorno, descubre las riquezas del cambio y de lo multivoco El paisaje remite entonces, por un lado, al codificado sobre la descripción de recursos, a su agrimensura; éste es el caso de los paisajes agrarios o industriales; y, por el otro, a su condición imaginaria mediada por una concepción

estética de la naturaleza, que permite establecer una identificación en función de los lugares y sus cualidades.

Ambas tipologías, la representacional y la concreta, parten y convergen en torno a la idea de nación en los discursos literarios con contenido geográfico. Operan como correlatos de los discursos edificadores de la comunidad imaginada (Anderson, 1993); y, a su vez, refieren la condición de territorio o territorialización, que emerge de un proceso de apropiación por medio de prácticas espaciales de diseño, ocupación y control. Así como también en función del constructo del espacio, de los efectos de presencia, significación y sentido en la cual el sentimiento afectivo, su topofilia, es base de identidad territorial.

En ese orden de ideas interrogamos los textos poéticos de Andrés Bello. Ellos se inscriben en la crisis del orden colonial y de la ruptura con el Imperio español. Abren un espacio nuevo, imaginado para el surgimiento de identidades ligadas al territorio y a los lugares. Estos textos, como se señaló en un trabajo inédito “Geografía para uso de americanos: Andrés Bello, territorialidad, paisaje e ideología”, remiten a un factor que muchos escritos de historia y geografía dejan de lado; es la idea compleja de territorio, y el valor de los paisajes como unas formas imaginario-materiales de esa identidad. ¿Qué estrategias articulan las imágenes que dan cuenta de los lugares? ¿Cuáles funciones cumplen los textos literarios de Bello al momento de construir una idea de nación que tiene sus anclajes en los lugares, en las regiones? ¿Cómo se organiza el espacio en los términos de un discurso geo-poético? Son preguntas que orientan este trabajo.

2.- La emergencia de la idea de paisaje en América. Las Cartografías poéticas como signos de orientación:

En los siglos XVIII y XIX, se opera un doble juego en la cosmovisión del mundo, por un lado, encontramos el declive de la cosmovisión cristiana del mundo antes de la Ilustración, por otro, la paulatina emergencia de una idea del mundo apoyada en la razón y la poderosa fuerza de la naturaleza como potencia y energía. La modernidad, con sus rupturas y secularización, sienta las bases en esa crisis del pensamiento, rompe y sumerge a la vez, niega la continuidad y sin embargo en algunos momentos la sombra de la tradición anterior aparece coexistiendo con lo nuevo al celebrar, por ejemplo, la magnificencia del orden natural que se mueve en lo medible y en las leyes, pero también en el sentimiento de lo bello y lo sublime que desafía al lenguaje que le impone límites y le abre a la vez un borde, una fisura. En el plano que nos ocupa, dos ideas de la naturaleza se enfrentan: por un lado, la Teología natural que funda sus bases en el aristotelismo cristiano, y una nueva filosofía, que traslada la autoridad del Creador, a una fuerza natural que rige la creación; susceptible, en consecuencia, a la interrogación científica, no teológica. Existen, en ese tiempo, dos ideas sobre el paisaje americano: la religiosa y la letrada que envuelve en sí los espacios paratácticos y los liminares. Que imagina una geografía que contiene la promesa del progreso y de la felicidad, y una geografía que descansa la mirada sobre la celebración estética del paisaje.

a) La mirada de los religiosos:

Es indudable que los religiosos elaboraron una mirada geográfica, en la que en muchos casos confluyen espacios liminares y paratácticos. En el caso de los jesuitas, la mirada se explica en la práctica de los espacios interiores hasta 1767; luego, en un alejamiento que media entre el exilio europeo y las misiones cuyo orden narrativo pertenece a los llamados expulsos, después de 1767. En tal sentido, ejemplos referidos a Juan Rivero, Joseph Gumilla, Filippo Salvatore Gilij, Rafael Landivar, Francisco Javier Clavijero, Juan Ignacio Molina y Ignaz Pfefferkorn entre otros, los estudié en el “Orinoco

Ars mundi, grafías del espacio en las misiones jesuitas del siglo XVIII” (2014a), y en “Visualizar los trópicos. Naturaleza y paisaje en los jesuitas del siglo XVIII (2014b). En ellos hay un discurso de la abundancia, en torno a códigos bíblicos como el paradisíaco, y a códigos imperiales de un paisaje paratáctico que organiza la ocupación.

b) La mirada de los letrados de la ilustración americana y el sentimiento de la naturaleza:

Desde fines del Siglo XVIII hasta 1823 y 1826, se despliega una nueva lectura del espacio, que se reparte entre los viajeros europeos y americanos sobre territorios que se vuelven a abrir a la mirada de la ciencia y de una *geopoética* emergente. Dos formas de conocer el espacio marcan ese proceso, uno referido a la literatura; la otra, a una mirada convenida en llamar científica, pero que envuelve una concepción de la ciencia no reñida con las formas geo-poéticas.

El lazarillo de ciegos Caminantes escrito por Alonso Carrió de la Vandera en 1773/1776 marca un giro en la mirada hacia los espacios interiores. Abre una brecha desde la paradoja del caminante ciego que viaja de Buenos Aires hasta Lima. Aquí la falta de visión del Lazarillo construye un lugar para denunciar la ausencia de una mirada sobre los espacios de la América profunda. Dentro de esa mitad del siglo XVIII las expediciones de exploración al interior del Continente ponen en contacto al observador ilustrado con un nuevo régimen de geograficidad. Hacia finales del siglo XVIII, otros textos anticipan un cambio en el modo de ver el paisaje, no como arcadía ni impregnada de un bucolismo heredado del Siglo de oro español. La novedad estriba en visualizar el paisaje ligado a la vivencia americana construida en la experiencia del espacio vivido y practicado, a un giro en la construcción de un nuevo centro de la imaginación geográfica cuyos agentes serán los representantes de la cultura criolla.

Entre 1798 y 1805, según Marco A. Ramírez en “Albores de la Independencia: emergencia del americanismo telúrico en la Lírica criolla colonial”, se produce un giro en la mirada del paisaje. Algunos textos, “[plasmaron] en lenguaje poético la naturaleza y las bondades del continente americano” (2010: 63). En efecto, las Silvas y odas de Manuel Justo Rubalcava, Manuel de Zequeira y Arango, Manuel José de Lavardén y Andrés Bello, expresan un cambio en la lectura sensual de lo americano. Ellos relacionan las frutas con los lugares autóctonos, defienden los rubros agrarios americanos, colocan la naturaleza americana con la europea en un plano de igualdad. La expresión americana, como señaló Lezama, Lima toma cuerpo y materialidad vuelta poesía en estos textos movilizandando imágenes que hablan de un paisaje nuevo.

El proceso instituyente de lo imaginario y del poder de la imaginación geográfica, inaugura una mirada que en Andrés Bello tendrá su punto de inflexión y fundación de un programa de orientación de la disposición para mirar a América. Ésta comenzó por la percepción individual ligada a una voz poética desde el paisaje local; para volverse en correlato de los imaginarios nacionales emergentes. Como señalara Ramírez, se transitó del “apego afectivo al lar nativo tropical americano” hacia el “arraigo político y civil a la patria que se troquelaría en la independencia, y que Bello proclamó en sus “Silvas americanas” (2010:73). Graciela Montaldo llama a ese esfuerzo: imaginación territorial; que explica la emergencia del pensamiento emancipatorio y de construcción de los nuevos discursos de la nación que se pregunta por el espacio que se habita y que es necesario apropiarse:

Podríamos llamar imaginación territorial a una actividad fundamental de apropiación del terreno, a una actividad de los letrados que ocupa con la letra un territorio cuya pertenencia está en permanente disputa y, por tanto, se tiene que legitimar a través del saber y el relato. (Montaldo, 1999: 16).

La otra mirada ligada a la producción científica, tiene dos conexiones, por un lado, la tradición antecedente de los religiosos jesuitas, capuchinos y franciscanos en misión, cuyos textos la crítica simplista y descontextualizada de la ciencia suele no considerar. Ese prejuicio se supera si se atiende a la historicidad de estos que explica en contexto la concepción de la ciencia. Los textos de los religiosos producen ciencia: un saber científico cuyo eje se encuentra en la Teología natural. El mundo en esa concepción es creado por Dios, y el hombre lo explicará en función de la Divinidad. Sin embargo, hallaremos unos signos de ilustración en los textos de esos religiosos, como también se pueden evidenciar apelaciones al espacio paratáctico cuya finalidad es construir valor sobre los lugares y recursos. Por tal razón son explicables, como lo señalé en, Cuevas Quintero, 2012, las largas listas de objetos naturales y fenómenos físicos, contenidos en los capítulos de los libros de historia natural de los misioneros que enumeran y clasifican plantas, animales etc. La representación del paisaje, la orientación del sentido, apunta a mostrar cuadros de abundancia y de posibilidades para las proyecciones imperiales hacia la geografía profunda.

Por otro lado, está la conexión con la ciencia secular que se liga al paradigma de la Ilustración y los avances en los modos de acercarse a la naturaleza como un campo de observación y experimentación científica. En el régimen moderno de la ciencia, que se centra en la autonomía de la razón, en la experimentación y en la observación de las causas y los efectos naturales de los fenómenos, se ubica un giro que tiene en Humboldt a su principal exponente. En un marco general, La producción científica de América en el siglo XIX, se reparte entre los seguidores de la denominada Humboltian science (Cannon, 1978; Ette, 2001), y los seguidores de las teorías evolucionistas de Darwin y Wallace que, por cierto, también se inspiraron, en su momento, en el viaje humboldtiano como recurso indispensable en el ejercicio de la ciencia construida en la experiencia de los lugares y de la movilidad hacia las periferias.

Para Humboldt la ciencia se articula en la observación de los fenómenos, pero también en la mirada estética de un paisaje bello y un “sentimiento de la naturaleza”. En su método de observación confluyen la apelación a la mirada racional de los espacios y la voz poética, posibilitada por su formación dentro de la corriente del *Sturm and drang* (tormenta e ímpetu) del romanticismo alemán, que permitía construir un afecto y una conciencia de la naturaleza en términos de hábitat armónico. Se esbozaba así una geografía romántica cuyos valores debían ser atendidos en una concepción nueva del mundo que contempla desde la pequeñez del hombre pero que insta a explorar dada la fascinación que ejercen los lugares según expresó Yi Fu Tuan (2013).

En tal momento del régimen de geograficidad ligada a la disposición de una percepción estimulada por la curiosidad, los cuadros y los paisajes del siglo XIX, codifican un registro y una idea de la conservación del entorno en términos que podrían ir más allá de la condición material, es decir, el sentimiento de la naturaleza considerada como un todo que orienta las relaciones del hombre en el Cosmos y en los lugares vividos que inducen respeto y recogimiento al interior de una intimidad de la mirada y su posición relativa en el mundo.

3.- Bello, los paisajes y la escala americana:

La obra de Andrés Bello permite articular varias de las lecturas anteriormente señaladas, la que privilegiamos aquí, se centra sobre las ideas de imaginación geográfica y los paisajes paratácticos y liminares ligados a un giro en la mirada geográfica. Estas categorías nos retrotraen a las preguntas antes enunciadas: ¿Bajo qué estrategias se construyen las imágenes que dan cuenta de los lugares? ¿Cuáles funciones cumplen los textos literarios de Bello en un momento de construcción de una idea de nación que

tiene sus anclajes en los lugares, en las regiones? ¿Cómo se organiza el paisaje en los términos de un discurso geo-poético?

El género poético no está reñido con una consideración del valor que puede adquirir, en términos geográficos, como documento y como parte de las altergeografías y sus diferentes modos de observar y comunicar. Ellos portan una percepción del espacio, una mirada que construye un lugar, que le da un valor a la naturaleza.

La necesidad de construir un saber territorial como se sabe, era común en todas las repúblicas americanas. La precariedad de datos cuando no la ausencia de mapas, inventarios y recursos confiables, corroboraba esta sensación de vaciedad, de tener un espacio dentro de la delimitación de un mapa imperfecto del que, paradójicamente, se sabían que estaban ausentes. Una doble situación, la de países de independencia reciente, y el de la necesidad de articularse con el mercado capitalista de la segunda Revolución Industrial, mediarán en las miradas que valoran paisajes, en la idea de territorio y recursos.

En tal sentido, la *Alocución a la Poesía* y la *Silva a la agricultura de la zona tórrida*, escritas en la distancia, en Londres en 1823 y 1826, editadas respectivamente en la *Biblioteca Americana* y el *Repertorio americano*, funcionan en dos niveles: a) como correlatos de la gramática para las jóvenes naciones americanas, que construyen una cartografía no dibujada sino narrada y descrita en imágenes y paisajes; y b) como texto fundacional de un repertorio de textos de vocación americanista, desplegados a todo lo largo del siglo XIX.

a) Geografía para americanos. La geo-poética del paisaje:

La poesía de Andrés Bello, en especial la *Silva a la Agricultura* y la *Alocución*, se convierten en documentos culturales claves para observar el intento por dotar de contenido a los espacios americanos, por situar a la nación frente a la deriva espacial que ofrecía el no poder orientarse en el territorio, de no poseer una representación del mismo, pero también de legitimar un discurso de diseminación de la idea republicana sobre la liquidación del antiguo régimen. En tal contexto podemos entender el giro de miradas que se operan en Bello. Para 1823, el norte de la América del Sur ha sido prácticamente liberado, y la campaña del proyecto de la geografía política de Bolívar se dirige a libertar los Andes centrales, es decir el territorio del Virreinato del Perú.

Es entonces cuando Bello escribe su *Alocución a la Poesía*. Su título completo en la edición de 1823 es *Alocución a la Poesía, en que se introducen las alabanzas de los pueblos e individuos americanos, que más se han distinguido en la guerra de la independencia*. (Fragmentos de un poema inédito titulado "América."). El sentido de lo estético contenido en el poema no se disocia del proyecto de geografía política que pretende construir un nuevo territorio sobre la fragmentación del imperio español. Esto lejos de reducir el texto literario solo a sus contenidos ideológicos, y de correlato de la geografía política, permite observar sus niveles polisémicos tanto escritos como codificados.

Divina poesía,
tú, de la soledad habitadora,
a consultar tus cantos enseñada
con el silencio de la selva umbría;
tú, a quien la verde gruta fue morada,
y el eco de los montes compañía;
tiempo es que dejes ya la culta Europa,
que tu nativa rustiquez desama,
y dirijas el vuelo adonde te abre
el mundo de Colón su grande escena.

[Subrayado nuestro]

La *Alocución* ésta lejos de ser inocente. Si restituimos la palabra a su origen: la “alocución” es una arenga que se hacía a los combatientes en el mundo antiguo. La voz se registra en los diccionarios de artes militares. En el caso de Bello, la *Alocución* es ante todo una forma literaria que, sin embargo, conserva su función de arenga, de interpelación para la acción política. Es un llamado a los letrados, sus destinatarios inmediatos, ellos son los garantes de las palabras que deben construir un discurso para la nación que emerge de las ruinas. Su función paralela al trabajo de la Gramática, está en dotar de contenido a la geografía en ausencia de mapas y geografías confiables.

Aquí es importante considerar que la formación de las sociedades geográficas o de las sociedades de amigos del país en la América independiente se efectúa en la segunda década del siglo XIX en adelante, y la primera Geografía Nacional en términos de modernidad, es la de Agustín Codazzi (1841).¹² No obstante, cabe señalar, que con antelación estaban los trabajos sobre geografía en el *Semanario de Bogotá* dirigido por Caldas, quién además proyectaba hacer un Atlas geográfico; la obra de Zea, *Colombia being a Geographical, Statistical, Agricultural, and Political Account of the Country with Map and Portraits at Bolivar and F. A. Zea* de 1822, y Algunas de las noticias geográficas que sirvieron de marco a la *Historia de la Revolución de la Republica de Colombia en la América Meridional* de José Restrepo, cuya edición final aumentada es de 1858; y por supuesto, la *Geografía general para el uso de la juventud de Venezuela* de Feliciano Montenegro y Colón, 1833-1837 en 4 Vols., que recoge unas noticias geográficas importantes desde el marco General de la Geografía de la Tierra a una especie de corografía de la Tierra Firme (Venezuela y Colombia). No obstante, la apelación al paisaje en tanto fisionomía de la Tierra no aparece en estas obras, no hay ejercicio geo-poético sino paisajes que se inscriben dentro del campo paratáctico. En este contexto, el proyecto de Bello prescribe como primer deber, atender a las condiciones del paisaje habitado, cuyas descripciones, operan como formas de identidad. Se codifica un giro de las formas de atención y de la mirada hacia la geografía americana, hacia sus paisajes.

Las operaciones literarias articulan un imaginario geográfico por el que desfilan paisajes americanos innumerables. Si la obra de Bello construye un espacio, este es un espacio geográfico que ensambla la idea de nación americana con ese otro mundo que imaginaba la geografía política contenida en la obra de Bolívar, específicamente en la *Carta de Jamaica*, *El discurso de Angostura*, y *Mi delirio sobre el Chimborazo*. Allí se imagina un espacio cuya geografía política supera a los nacionalismos incipientes que se formaron alrededor de las unidades político administrativas del imperio español, es decir los centros nodales tradicionales. Si hay un centro, este metafóricamente remite a la “América toda existe en nación”.

En el caso de Bello la visión del paisaje opera en la aporía de la unidad y la diversidad. Existe una América en nación como reza el Himno de Venezuela o canción patriótica, pero esta nación está articulada por una serie de paisajes regionales descritos en la *Alocución* y en la *Silva a la Agricultura* que dan cuenta de su feracidad, y enorme cantidad de recursos que dan consistencia al discurso de la abundancia. Aquí el espacio se hace paratáctico a pesar del código yuxtapuesto de ser de carácter estético.

En Bello la primera tarea de su proyecto se descubre en la primera estrofa de la *Silva La agricultura de la Zona Tórrida*:

¡Salve, fecunda zona

¹² Ello no implica reconocer preocupaciones geográficas en textos como los de Mutis, Caldas, Zea, Palacio Fajardo, Restrepo, Montenegro y Colón y el mismo Bello, pero los textos anteriores a Codazzi reflejan el carácter de una geografía incipiente vinculada al diseño imaginario de Miranda y Bolívar.

que al sol enamorado circunscribe
el vago curso, i cuanto ser se anima
en cada vario clima,
acariciada de su luz, concibes!
Tú tejes al verano su guirnalda
de granadas espigas; tú la uva
das a la hirviente cuba;
no de purpúrea fruta, o roja, o gualda,
a tus florestas bellas
falta matiz alguno; i bebe en ellas
aromas mil el viento;
i greyes van sin cuento
paciendo tu verdura, desde el llano
que tiene por lindero el horizonte,
hasta el erguido monte,
de inaccesible nieve siempre cano.

Aquí la dimensión estética se orienta en función de los climas, y de la luz solar que se convierte en un factor determinante al destacar los colores del trópico y de la fecundidad. También se orienta en función de los recursos y los lugares. En este punto el paisaje se desplaza —sin anular su condición de imagen— hacia lo concreto. La operación tiene como centro lo que Jean Marc Besse señala: “el paisaje cuenta, bajo el gozo estético, otra historia, desarrolla otro sentido” (2010:119). Ese sentido da cuenta del paisaje “como expresión visible” que “cuenta una historia, “es la manifestación de una realidad de lo que es por así decir la superficie” (idem). Una superficie y también un ambiente que, en el caso de América, está muy lejos de la degradación con la cual se había estigmatizado la zona ecuatorial.

En términos concretos, debajo del paisaje liminar que se expresa en la belleza de los lugares naturales, se esconde otra codificación que refiere al paisaje paratáctico que revaloriza el territorio. Ello se opone a la desvalorización que algunos círculos europeos de la corriente determinista proponían en torno a los factores ambientales negativos al desarrollo armónico de la vida, como la humedad excesiva y el inclemente calor que originan la degeneración y el estancamiento del progreso (*Vid* Antonello Gerbi, 1982 [1960]; y Cuevas Quintero, 2006).

Las opciones que refiere la estrofa de exquisita factura neoclásica, amplían una gama de ventajas comparativas para el avance del capital. “El gozo estético” se abre a una reivindicación de la zona Tórrida, de los climas variados. Recordemos además que Bello se encontraba, junto a López Méndez, en una misión diplomática en Londres, llevando negociaciones en un momento de búsqueda de reconocimiento a una soberanía que surgía de la ruptura con el imperio español; y que se orientaba en una mezcla de ideas liberales, ilustradas, y del *ius naturalismo* de la escolástica española a las que se sumaba la idea de liberación del comercio todas referidas a escalas espaciales y territoriales que a veces pasan desapercibidas en la historiografía.

El texto busca hacer manejables la diversidad y las escalas de un territorio muy extenso. Así, aunque en la Silva sólo se menciona Cuba y El Anáhuac (México), el poema se despliega en función de una idea zonal, el trópico, y en torno a ella los lugares son descritos si una localización específica. Lo que importa es poder conjugar tres ideas ligadas a las descripciones espaciales que son claves:

- El espacio de la zona tórrida es feraz y se convierte en horizonte para la acción humana.
- Solo el trabajo de la tierra fortalece y reconstruye lo que la guerra destruyó como pago por la libertad.
- Y, de esta producción que gira en torno a la explotación agraria debe salir la Paz.

Bello recoge un ideal de la cultura romana que veía en la vida en el campo el *beatus ille* codificado en el célebre poema de Horacio, el valor de la cultura agraria, la garantía de fortaleza de la República, ideas que enlazaban con el imaginario de la élite agraria de la emergencia nacional del siglo XIX. De tal modo, la fundación republicana estaba en el campo y se articulaba con el comercio libre, esto explicaba un horizonte del cual el polígrafo no podía escapar, el de los hacendados de su nativa Caracas, que tenían en la tierra cultivable su condición de poder y su espacio de pertenencia. Todo esto sucedía pese a que la experiencia del medio londinense le mostraba los signos adversos de la industrialización que más tarde observaría Fermín Toro en 1842 en la novela publicada por entregas, *Los Mártires*.

El texto de Bello es un documento fundacional de la nación en términos de darle significación y sentido al territorio. El espacio americano visto por un americano y para americanos, es concebido como una unidad de la diversidad. Ya no son los europeos, los viajeros, los que están narrativizando el espacio americano. Se trata de un americano que, paradójicamente, redacta sus textos fundacionales en la larga estadía de 19 años en Londres. Ello supone evaluar la situación de extrañamiento del poeta. Cuando llega a Londres en misión diplomática, Bello solo volverá a ver América en 1829, cuando se dirija a Chile, donde vivirá hasta su muerte.

Podemos observar entonces un proceso de descentramiento y recuperación de un centro desde el cual enunciar su nuevo contacto con el espacio-mundo (Merleau-Ponty, 1994 [1954]), podemos detectar además la emoción, “la melancolía del desterrado” (Sambrano, Miliani, 1999) que implica como se sabe, un volver a mirar a través de la memoria paisajística y de la facultad de recrearlo e imaginarlo en la distancia.

El esfuerzo narrativo de Bello comienza a hacerse sospechoso en función de a ¿qué nación se refiere?, no se trata en consecuencia de las repúblicas actuales en sus espacios limitados. El espacio geopolíticamente fragmentado no es el tema de la nación que ve Bello, él imagina por el contrario una escala mayor de la nación. En este orden de ideas, la nación para Bello es una comunidad imaginada en el sentido en que lo propone Benedict Anderson, es decir:

Es imaginada porque aún los miembros de la nación más pequeña no conocerán jamás a la mayoría de sus compatriotas, no los verán ni oirán siquiera hablar de ellos, pero en la mente de cada uno, vive la imagen de su comunión. (1993: 23).

En este punto la comunidad imaginada por Bello se articula con la mentalidad de una de las tendencias independentistas de mayor fuerza: plantear la posibilidad de una escala nacional mayor expresada como se ha señalado, por Miranda y por Bolívar. Esta estrategia va más allá de la fragmentación y articula las escalas tanto locales como regionales de la república, para imaginar una nación americana integrada por elementos diversos, según varíen los climas. De suerte que la *Alocución* cobra sentido en una escala en la cual AMÉRICA se concibe como una nación. El texto se dibuja geográficamente como un tejido de lugares.

Sin embargo, pese a la exaltación épica, el llamado continuo a la paz, arroja una sombra sobre el proyecto bellista. La amenaza de la disgregación. En tal orden debe entenderse la preocupación que más tarde expresa en el poema, “Canción a la disolución de Colombia”, de 1828; “Deja, discordia bárbara, el terreno/ que el pueblo de Colón a servidumbre/ redimió vencedor...”

La fragilidad del proyecto de nación concebido en la imaginación política de los fundadores de la República se acelera en las tensiones de las élites de cada centro nodal. Bello ve en ello, el imperio de la discordia y la pérdida del sentido de la gran Patria cuyos

paisajes ha mostrado en la *Alocución*. Colombia está amenazada por la secesión y Bello alerta sobre lo que esto significa luego de haber vencido al imperio español y de haber construido una unidad que envuelve a los Llanos, El Orinoco, las Montañas hasta el Potosí en los Andes centrales.

Por otro lado, La percepción del escritor está básicamente dirigida a los espacios agrarios. El espacio urbano es visto como un lugar en el cual la fuerza vital de una nación se apaga. Tampoco el espacio de los subalternos cuenta, allí no hay espacio de indios o negros, solamente se refiere a los espacios productivos de la cultura agraria heredada de la Colonia y activada bajo el nuevo espíritu de la emancipación. En otro nivel, remite a los paisajes que esos espacios contienen ofreciendo una riqueza estética que interpela los sentidos en una especie de gran colección de imágenes geográficas.

La invisibilización de otros paisajes, de otras espacialidades humanas, obedece a una visión particular de lo que debía ser la nación, tal y como se diseñaba desde la ciudad letrada (Ángel Rama, 1998; Montaldo, 1999). La ambigüedad se mueve entonces en la construcción de este lugar de enunciación, y el punto de fuga de la ciudad cuyo espacio es de inferior calidad al que ofrece el campo. Bello piensa en una República agraria.

El elemento agrario es inconfundible y ocupa un lugar principal en la valoración del espacio y en la jerarquización de los modos de producir (lo industrial desaparece). Por otro lado, la condenación de lo urbano frente a la celebración de lo rural, muy propia de la estética romántica, resulta paradójica en medio de la presión que comienza a ejercer el capital inglés de signo industrial en una Hispanoamérica considerada solo como mercado o como proveedora de recursos.

El yo sensible construido en un entrecruzamiento con la naturaleza alimentaba el magma imaginario de una geografía, que se mostraba bajo una codificación del discurso de la abundancia ligado a dos movimientos: el de la reconstrucción de la nación y su articulación con los mercados nacientes del capitalismo decimonónico, esto en un plano de mostrar los productos clásicos de las mercaderías coloniales: la caña de azúcar, el cacao, el café y la papa; en otro plano de esta magnificencia de recursos, los productos menos conocidos: la yuca, la piña, y la parcha para solo nombrar algunos productos. Todos se explicaban en un espacio geográfico diverso y abierto a prometedores paisajes agrarios.

La Silva de Bello invita al trabajo de unas tierras que deben ser controladas, pero antes que nada conocidas. Se construyen así unas imágenes que posibilitan ese saber del territorio para invitar a apropiárselo y a cultivarlo. Esa naturaleza tiene que funcionar dentro de las leyes de la cultura, no es un espacio solo para contemplar. Las condiciones naturales de los territorios son consideradas en relación a la actividad humana que implica cambios en la mirada, es decir, en las formas de percibir.

c) La estética y su función en la construcción del paisaje bellista:

Los textos de Andrés Bello poseen carácter polivalente, admite muchas lecturas, son heterosémicos, con muchos efectos de sentido. En todo caso para tratar de reducir un poco la lectura que se propone en este trabajo, revisten niveles de complejidad en la espacialidad a la que remiten en función de los paisajes diversos que desfilan en sus dos obras monumentales.

En tal orden de ideas, el “gozo estético” cumple varias funciones, una de ellas es la literaria, pero más allá, están las politopías a las que remite y organiza en una escala nacional y de lugares como la variedad de paisajes. La estrategia de descripción de

imágenes, de juntarlas en un caleidoscopio para los sentidos, apuestan a un observador curioso de una América a la que debería dirigir la mirada poética, pues su espacio presentaba un paisaje que es bello, digno de atención. Por ello la *Alocución* señala que

...tiempo es que dejes ya la culta Europa,
que tu nativa rustiquez desama,
y dirijas el vuelo adonde te abre
el mundo de Colón su grande escena.

En otro nivel, lo paratáctico —como vimos en el punto anterior—, se convierte en liminar. Aquí la imaginación geográfica es convocada para que realice un giro estético que dirija su atención a los paisajes americanos, que dé cuenta de una condición afectiva que solamente se construye sobre la base de un cambio en los objetos de enfoque de los letrados en relación a un espacio que ocupan y que deben conocer. En ese esfuerzo de construcción de un modelo de perspectiva radica su visión moderna del espacio. Allí lo ancho, largo y profundo y, la temporalidad, desfilan como si se tratase de un ensamble de estructuras dentro de un gran angular, es como si se dispusiesen los paisajes dentro de un correlato geo-poético del mapa americano, una cuestión evidente en la edificación del discurso contenido en la *Alocución a la Poesía*.

La estrategia narrativa de Bello se despliega en un esfuerzo moderno de abrir perspectivas, cuyas secuencias realizan una cobertura espacial de toda América. Todo se inscribe en un tiempo que tiene su forma acabada en la gesta heroica de independencia, el actor que mira y escribe se muestra dibujando un futuro para el proyecto nacional que en la visión cívica de bello sustituye la espada por el arado. La geo-poética se despliega sobre el mapa imaginario que se abre hacia el futuro. Bello construye un horizonte geográfico cuyos anclajes concretos son los paisajes americanos de formas de vida, topografías y de zonalidad diferente.

Dos estrofas de la *Silva a la Agricultura de la Zona Tórrida* ilustran esta estrategia estética del paisaje y de las emociones que se producen en tanto que espacio para habitar. El poeta luego de dirigir un saludo a la zona ecuatorial y de reivindicar su valor geográfico, despliega su voz en varias secuencias paisajísticas que se ubican en una zona de frontera entre el enfoque neoclásico y el romántico.

El paisaje liminar que describe se sigue con la defensa de la diversidad americana que tiene en el campo su principal recurso: “...el campo es vuestra herencia; en él gozaos. / ¿Amáis la libertad?” En función del afecto por la vida rural, se activa un sentimiento de la naturaleza pródiga, posibilitada por un clima dominado por el sol dador de la vida. Se entiende entonces la apreciación de una vida armónica expresada en, “El Ecuador feliz” de la “gente que practica la agricultura en el Ecuador”.

El paisaje organizado en distintos niveles refiere a la vista y al gusto, al sonido, al olfato y al tacto, cuyas explosiones emotivas se despliegan en las primeras estrofas de sus dos poemas que componen un cuadro de frutos situados en lugares diversos. Sin embargo, esos paisajes expresan líricamente una frontera con el plan de reconstrucción de la nación, es decir, organizan la mirada y la acción en un espacio ordenado por el trabajo, cuyo tiempo ha comenzado al ganarse la libertad:

Allí también deberes
hay que llenar: cerrad, cerrad las hondas
heridas de la guerra; el fértil suelo,
áspero ahora y bravo,
al desacostumbrado yugo torne
del arte humana, y le tribute esclavo.
Del obstruido estanque y del molino
recuerden ya las aguas el camino;

el intrincado bosque el hacha rompa,
consume el fuego; abrid en luengas calles
la oscuridad de su infructuosa pompa.
Abrigo den los valles
a la sedienta caña;
la manzana y la pera
en la fresca montaña
el cielo olviden de su madre España;
adorne la ladera
el cafetal; ampare
a la tierna teobroma en la ribera
la sombra maternal de su bucare;
aquí el vergel, allá la huerta ria...

Esta poética del paisaje trabajado, se presenta como una esperanza que surge de una lucha con el acondicionamiento del espacio cuyo proyecto de realización no es improbable siendo por el contrario condición de posibilidad, de mostrar el poder de una voluntad que ahora debe reconstruir y modificar el paisaje “desierto”, la “selva”, el “bosque”:

¿Es ciego error de ilusa fantasía?
Ya dócil a tu voz, agricultura,
nodriza de las gentes, la caterva
servil armada va de corvas hoces.
Mírola ya que invade la espesura
de la floresta opaca; oigo las voces,
siento el rumor confuso; el hierro suena,
los golpes el lejano
eco redobla; gime el ceibo anciano,
[Así una vez se ha dado la tala de bosques]
sólo difuntos troncos,
sólo cenizas quedan; monumento
de la lucha mortal, burla del viento.
Mas al vulgo bravío
de las tupidas plantas montaraces,
sucede ya el fructífero plantío
en muestra ufana de ordenadas haces.

La experiencia poética que es convocada en función de un espacio muestra un paisaje lleno de colores:

También propicio allí respeta el cielo
la simple verde rama
con que al valor coronas;
también allí la florecida vega,
el bosque enmarañado, el sesgo río,
colores mil a tus pinceles brinda...

Aquí la apelación a los colores del paisaje tropical se junta con el ideal expresado por Goethe de “un abandono a las impresiones de los sentidos”. El paisaje dice algo que captan los sentidos, y los colores como dimensión de la naturaleza misma de las cosas, muestran los contrastes que afectan en un lugar y momento dado la captación del paisaje en sus cualidades abiertas a la sensibilidad seductora.

También, “la experiencia inmediata del mundo supone una expansión de la sensibilidad (Besse, 2010: 31). Se trata de un yo sensible que activa su mirada, en este caso, los lugares americanos cuyos paisajes de la abundancia y exuberancia que se despliegan en la narración, producen un tercer espacio cuya traducción pone a Bello en la frontera de los neoclásicos y románticos.

Como señaló Auden, para la iconografía de ese otro gran espacio que es el mar, los escritores neoclásicos observaban los objetos naturales, abstrayendo generalidades;

mientras los románticos al fijarse en los objetos los trascendían aunándolos con la naturaleza a la cual se debían, disfrutando su presencia y hallando sus significados. “Naturalmente, la reacción romántica era dar realce a la imaginación y a la visión [...] a la unicidad de la experiencia individual del poeta, y lo simbólico más que el valor decorativo o descriptivo de las imágenes [era lo que contaba]” (Auden, 1996: 77)

Más allá del mundo de los objetos naturales descritos en versos, se encuentra un paisaje abierto a la experiencia sensible. Se trataba entonces de descubrir en función de los sentidos la atmósfera que recubre al paisaje, de este modo, la geografía americana se imagina en la explosión de la luz solar, del “ecuador feliz”, de la “zona que el sol enamorado circunscribe” y desde allí construye la defensa climática del continente, en consecuencia, el espacio investido del determinismo geográfico de Buffon y De Pauw se debilita. Se abre un pasaje a una relación con una naturaleza que se expresa en paisajes de la abundancia. La poética del espacio ha transitado entonces desde el yo sensible, del espacio vivido del escritor y su imaginación, hacia un espacio en el que los lugares traducidos en cuadros de paisajes configuran sus símbolos de identidad y de los efectos de presencia que acompañan al paisaje y junto a él su materialidad abierta al trabajo.

4.- El paisaje muestra y oculta:

Los documentos poéticos edifican desde el magma de lo imaginario (Castoriadis, 1988), desde la *poiesis* una percepción del paisaje, esta refleja formas de atención y valoración geográfica en la que se construye un vínculo afectivo (topofilia, Tuan) o repulsivo (Relph).

En tal orden de ideas, la representación de una América de la abundancia con claros referentes paradisiacos forma parte de los temas que recurrentemente aparecen a la hora de describir los paisajes y de insertarlos con las aspiraciones y deseos de las comunidades interpretativas. Pero, el discurso geográfico oculta del mismo modo la otra América, la de las etnias y la esclavitud y la de otros espacios que eran considerados como repulsivos.

En medio de la tensión entre espacios de repulsión y de atracción se dibuja en los poemas de Bello un porvenir agrario que es expresión del intento de superar las contradicciones internas que se resisten a mostrar “la pobreza del progreso” (B. Burns, 1990).

Esos textos funcionan construyendo un horizonte positivo que se levanta sobre la nación en ruinas, pero también en otro pliegue susceptible de una crítica más profunda, expresan la ilusión de la modernidad implantada. Sin embargo, bajo ella, es posible observar, el esfuerzo por descentrar la mirada geográfica implantada de Europa. Se trata de volver al paisaje que se habita, esta nueva disposición del cuerpo, del observador y del hombre que contempla la naturaleza, nos habla de un giro que todavía proyecta la sombra sobre el país portátil y lo pone en evidencia, sobre el territorio que se sigue abriendo a continuas formas de apropiación constantemente renovada en la relación histórica del hombre y la geografía. La poesía de Bello es expresión de esta preocupación por darle sentido a la geografía, por construir un sentimiento ligado al paisaje que se abre como un tercer espacio entre lo paratáctico y lo liminar.

Los textos de Bello y de otros miembros de esa comunidad letrada que se reserva el poder de decir, elaboran un discurso de la abundancia que pone al descubierto las opciones geográficas del proyecto liberal: ese es el papel que cumplen en un nivel la descripción de los paisajes agrarios y naturales.

Los espacios paratáticos y liminares en los que inscribirían la interpretación de la obra, enlazan la necesidad de construir una legibilidad de un mundo nuevo, un proyecto programático que se sigue como un hilo conductor no de una linealidad estricta, sino de la configuración de una voz y de un enfoque de la mirada a partir del lugar vivido, cuya función consistía en una de sus facetas, en organizar un imaginario espacial de lo americano, que a la vez que definía una estética del paisaje bello y pleno de esplendor, invitaba al trabajo de la Tierra.

Este proceso de disposición iniciado por Bello, pasa grosso modo en su vertiente hispanoamericana, por sucesivos momentos y por diversos actores que van de José María de Heredia, Fermín Toro con su Oda “A la zona tórrida”, Francisco Lazo Martí, López Velarde y José Martí, hasta llegar a Neruda y ese punto culminante de la expresión americana contenido en ese magnífico ensamble de espacios poéticos que es el *Canto General*, escrito entre 1938 y 1950. En el mundo angloamericano, Walt Whitman y Henry David Thoreau marcarán ese giro visual que apela al espacio que se habita y a sus paisajes naturales como formas de identificación afectiva y material ligada a la naturaleza y al espacio en construcción de las formas de libertad.

De todo este proceso de construcción textual de otra geografía americana, algo es indudable, las imágenes contenidas en los poemas de Bello, que en el contexto pueden considerarse como fundacionales de un modo de ver, expresan ese deseo de mirar el paisaje exuberante y de construir nuevos paisajes, nuevos lugares para la nación grande. Su imaginación geográfica diseña un espacio de gran escala. En dicha propuesta, el hombre americano es un hombre situado, es decir, un hombre que está en una geografía abierta en la cual los paisajes y la mirada sobre el paisaje devienen en una conciencia geográfica compleja.

Dionisio Ridruejo decía en un verso que conserva la fuerza de la imagen, del proceso de sentir el espacio: “sé que irán conmigo estos paisajes”. Podemos decir de igualmente que los paisajes de Bello constituyen parte de ese tejido de imágenes del gran texto heterogéneo que constituye el imaginario geo-cultural americano; juntos integran un archivo sobre las formas que tomó el saber del espacio en un momento de la emergencia de lo americano. El presente nos obliga a reescribir en el espacio geográfico una nueva historia que se abre a los retos y enfoques más recientes de la historiografía que lanza Cañizares-Esguerra (2013), se trata de comprender el pasado forma parte de un programa de investigación que deberá además de releer las fuentes o más aún, de considerar fuentes antes apartadas por prejuicios investigativos, de convocar un diálogo que envuelva a muchos investigadores de diversas disciplinas.

En la primera mitad del siglo XIX en plena crisis del orden colonial y emergencia de un nuevo referente espacial, la imaginación geográfica y su poder constructor de horizontes en los textos poéticos, son documentos importantes para comprender un momento de la fundación de la nación, de encontrar el paisaje y sus valoraciones en el entrecruce de la materia y su representación, de la memoria y el olvido.

Colonia Roma, México 2016.

BIBLIOGRAFÍA:

- ANDERSON, Benedict, (1993). *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México: Fondo de Cultura Económica
- AUDEN, W. H (1996), *Iconografía romántica del mar*, México: Universidad Nacional Autónoma de México, Programa Editorial de la Coordinación de Humanidades
- BENJAMÍN, Walter (1999 [1955]), *Ensayos escogidos*, México: Ediciones Coyoacán,

- BESSE, Jean-Marc (2010), *La sombra de las cosas. Sobre paisaje y geografía*. Madrid: Biblioteca Nueva (Paisaje y Teoría)
- BURNS, Bradford (1990), *La pobreza del progreso: América Latina en el siglo XIX*, México, D.F: Siglo XXI Editores
- CANNON, Susan (1978), *Science in Culture: The Early Victorian Period*. New York: Science History Publications,
- CAÑIZARES-ESGUERRA, Jorge (2007), *Cómo escribir la historia del nuevo mundo. Historiografías, epistemologías e identidades en el mundo del Atlántico del siglo XVIII*, México: Fondo de Cultura Económica.
- CASTORIADIS, Cornelius (1988), *Los dominios del hombre. Encrucijadas del Laberinto*, Barcelona: Gedisa.
- CUEVAS QUINTERO, Luis Manuel (2012), *Como el río que fluye: Experiencia de lugares, saber e imaginación geográfica en el discurso jesuita sobre la Orinoquia en el siglo XVIII* (Tesis de Maestría, tutor Luis Alfonso Mendiola), México: Universidad Iberoamericana
- _____ (2014a), "Orinoco Ars mundi, grafías del espacio en las misiones jesuitas del siglo XVIII" XV Jornadas Internacionales sobre las Misiones Jesuíticas. Jesuitas Y misiones en perspectiva global. Simposio: La geopolítica jesuita en la era de la globalización ibérica, Universidad Pontificia Católica de Chile, Santiago de Chile, del 25 al 29 de agosto de 2014.
[Link: www.misionesjesuisticas.cl]
- _____ (2006), "Percepción y discurso geográfico sobre la Orinoquia: La invención del espacio en Joseph Gumilla", Universidad de Los Andes, (Trabajo de Ascenso, Tutorado por la Dra. Ana Hilda Duque). Mérida, Venezuela: Universidad de Los Andes
- _____ (2014b), "Visualizar los trópicos. Naturaleza y paisaje en los jesuitas del siglo XVIII". Ponencia presentada en las Jornadas Lascasianas Internacionales, XXV edición. Dentro de la mesa titulada: En torno a la naturaleza en las Américas: imaginarios, prácticas culturales y paisajes. Coordinada por Luis Manuel Cuevas Quintero y Enrique Ang. Evento realizado del 19 al 21 de noviembre de 2014 con sede en el Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades "Alfonso Vález" de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla
- COSGROVE, Denis (1984), *Social formation and symbolic landscape*. London and Sidney: Croom Helm.
- DARDEL, Eric (2013 [1952]), *El hombre y la tierra*, Madrid: Biblioteca Nueva
- ETTE, Otmar (2001), "Un «espíritu de inquietud moral». Humboldtian writing: Alexander von Humboldt y la escritura en la modernidad." en Leopoldo Zea y Hernán Taboada Humboldt y la modernidad, México: Instituto Panamericano de Geografía e Historia, Universidad Nacional Autónoma de México, Fondo de Cultura Económica, UNESCO, (Latinoamérica fin de milenio, 16), pp. 25-50
- GERBI, Antonello (1982 [1960]), *La disputa del nuevo mundo. Historia de una polémica, 1750-1900*, trad. de Antonio Alatorre, México: Fondo de Cultura Económica, 2.^a ed. corregida y aumentada.
- GREGORY, D. (1994), *Geographical Imaginations*. Oxford: Blackwell,
- HIERNAUX-NICOLÁS, Daniel (2010): "La Geografía hoy: giros, fragmentos y nueva unidad", en Alicia Lindón Villoria (coord.), Daniel Hiernaux- Nicolas (coord.) (2010) *Giros de geografía humana* desafíos y horizontes, España: *Anthropos*: Universidad Autónoma Metropolitana, División Ciencias Sociales y Humanidades, pp. 43-62.
- LINDÓN VILLORIA, Alicia (2010): "Los giros técnicos: texto y contexto", en Alicia Lindón Villoria (coord.), Daniel Hiernaux- Nicolás (coord.) (2010) *Giros de geografía humana* desafíos y horizontes, España: *Anthropos*: Universidad Autónoma Metropolitana, División Ciencias Sociales y Humanidades, pp. 23-42.
- MERLEAU-PONTY, Auguste (1994 [1954]), *Fenomenología de la percepción*, España: Planeta Agostini
- MONTALDO, Graciela (1999). *Ficciones culturales y fábulas de identidad en América Latina*. Buenos Aires: Beatriz Viterbo Editora.

- RAMA, Ángel (1998), *La ciudad letrada*. Montevideo: Arca.
- RAMÍREZ VIVAS, Marco Aurelio (2010): “Albores de la Independencia: emergencia del Americanismo telúrico en la lírica criolla colonial (1798-1805)”. En Carmen H. Carrasquel J. y Luis Manuel Cuevas Quintero (compiladores) (2010), *Al otro lado del imperio. Nueve miradas en torno a la crisis colonial*. Mérida (Venezuela): Universidad de Los Andes, Consejo de Publicaciones, pp. 63-83.
- RELPH, Edward (1976), *Place and Placelessness*, London: Pion.
- SAID, Edward (2008), *Orientalismo*. Presentación: Juan Goytisolo, traducción: María Luisa Fuentes. Barcelona (España): De bolsillo.
- SAMBRANO URDANETA, Oscar; Miliari, Domingo (1999), *Literatura hispanoamericana I*. 2ª edición. Caracas: Monte Ávila Editores. (Colección Manuales).
- THOMPSON John B. (1992), “Lenguaje e ideología”, *Discurso*, No. 12, enero-abril, Colegio de Ciencias y Humanidades, Unidad Académica de los Ciclos Profesional y de Posgrado, UNAM. Pp. 13-32
- TUAN, Yi-Fu (2008 [1977]), *Space and Place: the Perspective of Experience*, Minneapolis: University of Minnesota Press,
- _____ (2013), *Romantic Geography: In Search of the Sublime Landscape*, University of Wisconsin Press
- _____ (1990 [1974]), *Topophilia a Study of Enviromental, Perception, Attitudes and Values*. New York: Columbia University Press,
- TURCO, Angelo (2010): “Figuras narrativas de la Geografía humana”, en Alicia Lindón Villoria (coord.), Daniel Hiernaux-Nicolás (coord.) (2010) *Giros de geografía humana desafíos y horizontes*, España: *Anthropos*: Universidad Autónoma Metropolitana, División de Ciencias Sociales y Humanidades, pp. 91-122.
- ZUSMAN, Perla (2013), “La geografía histórica, la imaginación y los imaginarios geográficos”, en *Revista de Geografía Norte Grande*, 54, pp. 51-64.